

**E.  
HARO  
TEGLEN**

# LA DECADENCIA DE UCD

**P**ROBABLEMENTE en toda la historia —breve— de UCD como Gobierno y como partido no haya vivido nunca momentos mayores de dificultad, inseguridad y riesgo. Como toda crisis, no es definitiva; pero puede ser larga y desde luego transformadora de la situación nacional, donde por las circunstancias históricas hay todavía una dificultad considerable de separación entre los conceptos de Estado y Gobierno y donde las instituciones propias de la sociedad tienen todavía una gran dependencia de ese conjunto Estado-Gobierno tan poco definido. Ante la colección de desafíos que se le enfrentan, el Gobierno va emprendiendo una serie de movimientos en los que se confunden tres conceptos que normalmente son separables: poder, autoridad, fuerza. Un Gobierno-partido que ha querido transformar un régimen de fuerza en un régimen de poder está emprendiendo, ahora, el camino inverso.

**L**A definición democrática del poder es bastante concreta. Quizá la mejor sea la que hizo Rousseau en el "Contrato social": "El hombre más fuerte del mundo nunca es lo bastante fuerte a menos que transforme el poder en derecho, y la obediencia en deber". Autoridad es una palabra compleja. Forman parte de ella la creencia, la aceptación por parte de la persona sometida a la autoridad; es una "potestad legítima". Siguiendo en el terreno de los enciclopedistas y afines, Diderot distinguía dos autoridades: la que da "la fuerza y la violencia" de los que se han apoderado de ella, o "el consentimiento de aquellos que le han aceptado por un contrato, tácito o expreso, entre ellos". Su legitimidad, en este último caso, está clara; sólo deja de serlo cuando hay un "abuso de autoridad" o un "autoritarismo", que consiste en una degeneración arbitraria de la autoridad. O en una interpretación excesiva del derecho a la autoridad. La autoridad sólo se ejerce normalmente cuando el ciudadano ha aceptado el poder: para reflejar derechos y obligaciones; sobre todo, para llevar al camino del derecho y la obligación a aquellos que no aceptan ese acuerdo de la mayoría. La autoridad es innecesaria para los que comprenden la

Adolfo Suárez durante un mitin en apoyo del primer candidato por Guipúzcoa en la lista de UCD para las elecciones al Parlamento vasco, Jaime Mayor Oreja, a su izquierda, y, a su derecha, el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja.



naturaleza del poder y la consideran legítima; es imprescindible para quienes no lo comprenden. Pero puede ocurrir que una mayoría de ciudadanos vaya, poco a poco, apartándose de la racionalización del poder. Es legítimo. Puede ocurrir que el ejercicio del poder evolucione hacia lo que no estaba previsto cuando se aceptó el contrato. Puede ocurrir, también, que las circunstancias de la dinámica de la vida, las necesidades, lo imprevisto o lo mal previsto cambien el sentido de los términos del pacto. Cuando esto es patente, en una sociedad democrática, se produce la modificación del pacto: es decir, quienes están haciendo la definición del poder y ejerciendo la autoridad comprenden —o se les hace comprender— que se han salido del juego, y se sitúan de nuevo ante la opinión pública; se disuelve el Parlamento, se realiza una campaña electoral, se eligen nuevos parlamentarios y de ellos surge otro Gobierno que propone, con su programa primero, y luego con sus actos, una nueva manera de llevar adelante el "contrato social": de acuerdo con la opinión de la mayoría y con los cambios en la estructura de la sociedad. Por el contrario, el poder puede obligar al cumplimiento del pacto por vía de autoridad, no admitiendo sus posibles violaciones propias ni el cambio en el sentido de la naturaleza de las cosas. Al enfrentarse con una mayoría, habrá cambiado la noción del espíritu del derecho, habrá transformado el deber en obediencia. De la autoridad al auto-



## EL ARTE DE SALIR DE ESCENA

**S**ALIR de escena es difícil. En la vida real, las gentes siempre tienen dificultades para despedirse. Suelen empezar a prepararse media hora antes: mirada al reloj, movimientos nerviosos en la silla, ajustes en la chaqueta, una forma peculiar de ir dejando morir la conversación con un "bueno, pues..." o un "en fin, las cosas son así...". Cuando el teatro se hacía según arte y oficio, los autores trabajaban las salidas de sus personajes: unas tenían que ser discretas, casi invisibles, pero justificadas, cuando el personaje había dejado de ser utilizado en el escenario. Otras, brillantes y eficaces. El arte del mutis.

Tito está saliendo mal de escena. Los periódicos han gastado ya sus fórmulas de despedida, sus fotos, sus biografías. Podrá ocurrir como con un personaje de principios de siglo, cuya muerte acechaban los periódicos: cuando murió, uno de ellos publicó un gran titular: "Por fin ha muerto...". La muerte de Franco fue, en cambio, coherente. Cuadraba con la frase de Rilke: "Cada uno muere de su propia muerte". Prolongaba la resistencia al mutis que fue toda su vida, trataba de ignorar el problema, de hacerse el indiferente a lo que le molestaba.

Salir de un Ministerio ha sido siempre un fracaso para nuestros primeros actores de la política. Se ha visto a algunos llorar en la ceremonia del traspaso de funciones. Otros se han quedado con una cara de asombro que no se les ha ido todavía. Otros se negaron a aceptar la realidad: Julio Rodríguez no puso en sus tarjetas "ex ministro", sino "ministro del Gobierno de Carrero Blanco", para determinar una inmanencia histórica, una adhesión inseparable a la esencia de un tiempo que, ciertamente, le correspondió.

Probablemente, ninguna salida tan brillante, en los últimos años, como la de Clavero Arévalo. Ha salido por arriba, como un independiente heroico, como alguien a quien los acontecimientos han dado la razón. Hasta la forma en que ha sido sucedido en el Ministerio ha hecho que se sienta añoranza de un tiempo que, mientras estaba sucediendo, parecía anodino y vacío. Quién sabe si el secreto final del Ministerio de Cultura, la única ocasión posible de que vaya bien, es que no se le note, que se le perciba lo menos posible.

¿Cómo saldrá Suárez? ¿Hacia dónde saldrá? ¿Quién puede ser el autor de ese mutis? Algo con lo que sueñan muchos políticos... Los sucesores, los pretendientes de Penélope, piensan en el insomnio de la noche cuál sería la trampa suprema, cómo podrían ellos tensar el arco del poder. Y algunos, incluso, piensan que saldrá en las próximas elecciones. Sería el mutis más admirable que podría hacer el presidente. Que a su vez, sin duda, sueña en cómo cegar ese camino. Acaba de verle los dientes a las elecciones: acaba de enterarse, con Andalucía, cómo por mucho que se prepare un resultado electoral, cuando es adverso, sale adverso, y sucio, y empañado. ¡Qué hermosa ocasión para hacer un mutis brillante y democrático! Pero la verdad es que los políticos nunca preparan su salida de escena. No la pueden ni siquiera imaginar. Es un arte que no quieren estudiar. ■

**POZUELO**



ritarismo se pasa insensiblemente. Y del autoritarismo deriva el empleo de la fuerza. La fuerza nunca legítima, por sí misma, a un poder; pero puede sostenerlo. La normalidad lógica es la contraria: es el poder el que debe legitimar el uso de la fuerza.

**U**CD está cayendo por esa pendiente. A la expresión del "desencanto" no se le ha sacado su último sentido, que es el de la responsabilidad Gobierno-UCD en ese desencanto. Sin negar la responsabilidad de los otros partidos de fuera del Gobierno, que no han creado la suficiente fuerza de esperanzas o de alternativas, ni los de los grupos de fuera del Parlamento y aun de fuera de la legalidad, que han alterado y están alterando la superficie de la democracia, parece bastante claro que el Gobierno-UCD no ha abastecido al país de las soluciones que él mismo prometió. Las autonomías están funcionando mal —la cuestión de Andalucía ha sido, sobre todo, un gran espectáculo de fraude de esperanzas y de mal gobierno—, la economía no mejora, el paro crece, las libertades individuales se van recordando —Ley del Divorcio, Ley de Centros, reforma universitaria, asalto a la libertad de expresión—. Todo ello representa, al mismo tiempo, una degeneración de promesas y un paso de la autoridad hacia el autoritarismo. Y el uso de la fuerza, en muchos casos, no está excluido.

**S**OBRE las dos salidas antes citadas —o convocatoria de elecciones o conversión del poder en fuerza— hay una tercera: la de rectificación. Es decir, la de la reflexión que pueda hacer UCD y el Gobierno de los resultados de su política, hasta estos momentos, y la comparación entre aquello que prometieron y lo que no están cumpliendo. No ya en las imposibilidades —y ya es grave prometer imposibilidades—, sino en lo que todavía es posible. Para ello es preciso, sobre todo, que se revalore el concepto del poder y se vuelva a la concepción rusioniana que, por el momento, es la más válida en sistemas democráticos: la comprensión del derecho —como espíritu, más que como letra— y la convicción que se debe llevar al ciudadano de cuáles son sus deberes. Todo ello está siendo pervertido por la obsesión del poder conservado a toda costa; por una mecanización de la política que la aparta de una humanización. ■